

probar sus hipótesis sobre la importancia de Nasser como líder, tanto a nivel interno como en el mundo árabe. Sin embargo su premisa le hace perder perspectiva en la medida que deja de lado elementos tanto internos como externos que tienen que ver directamente con la actuación de Egipto en el mundo árabe. Por ejemplo en el plano interno el autor resta importancia al grupo de militares que rodeaban a Nasser, además de presentarlos como un bloque en el que el presidente era el que dominaba y donde no existían diferencias. Asimismo, no analiza las diferencias económicas y sociales al interior del país que, en buena medida, están relacionadas con la legitimidad del gobernante. En lo que hace a cuestiones externas parece necesario hacer referencias más amplias al contexto internacional global para situar a Egipto dentro del mundo árabe.

Es también interesante el enfoque que el autor da a su estudio relacionando la política interna con la política externa, cuestión que queda muy clara en el caso de Nasser, por ser al mismo tiempo líder interno y líder en el mundo árabe.

Pero a pesar de las limitaciones del estudio, el libro es una aportación al campo de las relaciones internacionales, que no se queda en una narración histórica sino que posee una metodología y un sistema de análisis interesante donde se conjugan los modelos teóricos con los casos concretos.

LUISA TREVIÑO
El Colegio de México

MURASAKI SHIKIBU, *The Tale of Genji*. Translated by Edward G. Seidensticker. Alfred A. Knopf, New York, 1977.

No intentaremos aquí un análisis de la monumental obra clásica japonesa *Genji Monogatari*, de Murasaki Shikibu, que rebasaría los marcos de una modesta reseña bibliográfica. Sobre esta novela escrita en el siglo XI se han escrito más de diez mil libros, sin hacer mención de incontables artículos, leyendas, etc. Sin embargo, como la aparición de una nueva traducción al inglés no deja de ser un hecho bastante importante para los especialistas, no hemos querido dejar de esbozar algunos comentarios para nuestra revista.

El mundo occidental tuvo acceso a esta extraordinaria novela a través de la traducción al inglés de Arthur Waley. Fruto de la incansable labor de este genial estudioso, Occidente ha conocido obras claves de literatos chinos y japoneses. Su traducción del *Genji*

estaba considerada como un hito dentro de este género y durante años permaneció como algo clásico y casi insuperable.

La aparición de una nueva traducción mueve naturalmente a la comparación y de algún modo parecería que cuestiona la versión anterior. ¿Por qué? —nos preguntaríamos. Es cierto que —como afirma el mismo Seidensticker— nuevas traducciones de grandes clásicos no necesitan justificarse. “Como no existe ninguna que sea perfecta, podría afirmarse que mientras más haya, mejor” (introducción, pág. xiv). Sin embargo la pregunta no es tan gratuita si consideramos las enormes dificultades que entraña un texto del siglo xi; si pensamos —además— la dimensión de la novela, que consta de cincuenta y cuatro capítulos o libros (en la época de la novelista circulaban aisladamente) y que la traducción de Waley tiene 630 000 palabras.

Seidensticker nos cuenta cómo su primer contacto con la literatura japonesa fue precisamente con el *Genji* en versión de Waley, leída incontables veces, y que durante mucho tiempo la idea de una nueva traducción le parecía algo así como un sacrilegio. ¿Por qué, entonces, embarcarse en esa osadísima aventura?

Podríamos contestar inmediatamente leyendo el siguiente párrafo de su introducción, pero veamos a manera de primera respuesta lo que nos dice Ivan Morris en su libro *The World of the Shining Prince*.* En el capítulo donde analiza diferentes aspectos del *Genji Monogatari* nos habla de los problemas tan particulares que entraña el estilo Heian para un traductor: enunciados extraordinariamente largos y complejos; aglutinación masiva de formas verbales, el uso del lenguaje honorífico, pero sobre todo la extraordinaria falta de precisión, que puede alcanzar las proporciones de una pesadilla. ¿Debe mantenerse —se pregunta Morris— cerca del original japonés y llevar alguna de sus imprecisiones al lector occidental? ¿O debe hacerlo todo tan claro y específico como sea posible, interpretando, si es necesario, y reorganizando los pensamientos del autor? En el caso del *Genji* —opina— sería asunto de establecer un balance entre los dos extremos.

La versión de Waley —seguimos citando a Morris— representa el tipo más libre de traducción posible. La palabra “recreación” sería más adecuada. Y —añade— bien podría considerarse como una obra literaria por derecho propio.

En efecto —nos dice ahora Seidensticker— la traducción de Waley es libre y si él sintió la necesidad de abordar el trabajo fue porque —entre otras razones— Waley corta y expurga libre-

* Ivan Morris, *The World of the Shining Prince*. Alfred Knopf, New York, 1961.

mente. Omite un capítulo completo, el treinta y ocho, y un escrutinio cuidadoso nos descubre que los títulos de por lo menos dos capítulos —el treinta y el cuarenta y uno— no tienen sentido al traducirse porque se han omitido los pasajes de donde derivarían los títulos. Uno no sabe —añade— por qué ha omitido el capítulo treinta y ocho que es quieto, meditativo y bello, y sin embargo traduce el cuarenta y cuatro que es inferior en todo sentido.

Más complejo —continúa— es el proceso de amplificación. Waley borda maravillosamente, cambiando, a veces, el tono de un episodio o los atributos psicológicos de un personaje. "Quizás mejora, pero como este proceso es continuo uno no deja de preguntarse si no es Murasaki, a la larga, la que lleva la peor parte."

Cuando se comienza a leer la nueva versión, habiendo leído previamente la de Waley, inmediatamente se siente un estilo más sintético, condensado. Las frases son más cortas y directas. Para un lector cuya lengua materna no es el inglés (tal es mi caso) es indudablemente más sencilla. La versión de Waley es más barroca.

Pongamos aquí unos cuantos ejemplos para cotejar ambos textos:

Waley: "At the Court of an Emperor (he lived it matter not when) there was among the many gentlewomen of the Wardrobe and Chamber one, who though she was not of very high rank was favoured far beyond all the rest... (primer capítulo, párrafo inicial de la novela).

Seidensticker: In a certain reign there was a lady of the first rank whom the emperor loved more than any of the others. (primer capítulo, párrafo inicial de la novela).

Waley: *Genji* was still sleepless. "No one has ever disliked me before", he whispered to the boy. "It is more than I can bear. I am sick of myself and of the world, and do not want to go on living anymore". (Apertura del capítulo tres).

Seidensticker: *Genji* lay sleepless. "I am not used to such treatment. Tonight I have for the first time seen how a woman can treat a man. The shock and the shame are such that I do not know how I can go on living". (Apertura del capítulo 3). Las diferencias saltan a la vista y los comentarios sobran.

Sin duda los puristas se inclinarán hacia la versión de Seidensticker y los esteticistas seguirán prefiriendo la de Waley. Pero en todo este proceso somos todos los que salimos ganando. Porque ahora, en definitiva, tenemos más de una alternativa.

MARINÉS MEDERO
El Colegio de México